

de mayo. Así como nadie sabía ni jamás ha sabido lo que había hecho en todo el año de su permanencia en Bélgica, tampoco se supo entonces lo que se proponía, pero lo cierto es que se marchó por la falta de subsistencias, que a la verdad tampoco abundaban en el punto adonde se encaminó, que fueron las comarcas del Spessart. Después de haber llegado a Hanau se dirigió en 16 de junio este ejército defensor de la pragmática a Aschaffenburg en cuya proximidad acampó. Componiase de 16,000 ingleses, 16,000 hanoverianos y 10,000 austriacos, debiendo reunirse además 6,000 hessenses y algunos regimientos hanoverianos más. Tampoco se ha llegado nunca a saber el objeto de su estancia en Aschaffenburg, donde también sintió muy pronto los efectos del hambre, porque nadie había pensado en la cuestión de subsistencias. Los dos jefes, lord Stair y el duque de Aremberg, estaban en constante desacuerdo y pendencia; el primero quería avanzar siempre y acometer a ojos cerrados al enemigo que se hallaba en la orilla izquierda del Mein, mientras el segundo quería aguardar los refuerzos hessenses y hanoverianos, y ante todo poder dar de comer a sus soldados. Este estado de cosas no mejoró como puede presumirse con la llegada del rey Jorge II, porque antes como después el ejército no hizo más que marchar de aquí para allí, castigado y empujado por el hambre, devorando los viveres que encontraba en las poblaciones, y marchándose a otras cuando se habían concluido. Finalmente así como había ido a Alemania sin plan, emprendió su retirada también sin concierto en la noche del día 26 de junio y sin pensar en lo que podría suceder.

El duque de Noailles que mandaba el ejército enemigo en la otra orilla del Mein había observado atentamente todos los movimientos del ejército inglés, y había dispuesto en su consecuencia un plan para aniquilarlo por completo, digno según Federico II de los capitanes más famosos de todos los tiempos. Cuando el ejército de la pragmática estaba todavía en Aschaffenburg luchando contra el hambre, y sus jefes disputándose entre sí, dispuso el mariscal a su alrededor una red que debía cerrarse en cuanto saliera el último soldado de la ciudad. Hizo ocupar con el mayor sigilo dos puntos importantes que dominaban la retirada del ejército de la pragmática. Eran las pequeñas ciudades de Seligenstadt en la orilla izquierda del Mein, y Dettingen en la derecha. Junto a la primera construyó dos puentes de barcas, y encontró además dos vados para que pasara su caballería; al Este de Dettingen estableció a lo largo del río baterías cubiertas para ametrallar de cerca a su paso el ejército enemigo. Por otra parte tenía preparado un cuerpo de tropas que debía penetrar en la ciudad de Aschaffenburg, pasando por el puente de piedra, apenas la hubiese abandonado el enemigo, con lo cual quedaba cerrada la trampa. De todo esto no tenía el rey Jorge la menor noticia ni sospecha cuando salió de la ciudad, hasta que una vez fuera y en el llano vio muy pronto que estaba materialmente como el ratón en la ratonera; delante y detrás de él tenía al enemigo; a la izquierda, al otro lado del río, sus baterías mortíferas, y a la derecha las estribaciones del Spessart que no ofrecían salida alguna. Si todo se hubiese ejecutado como Noailles lo había dispuesto, habría resultado en 27 de junio de aquel año una batida circular entre Dettingen y Aschaffenburg que habría tenido por resultado ó el aniquilamiento ó la rendición de todo el ejército de la pragmática; pero no se hizo así; el destino había resuelto otra cosa.

El grande error fué que Noailles, en vez de reservarse la dirección de la operación principal, la encargó a su sobrino el duque de Gramont, que aquel día quería ganar, lo mismo que el duque de Harcourt, el bastón de mariscal de Francia.

La infantería compuesta de 25,000 ó 30,000 hombres, pasó en la mañana de aquel día por los puentes de barcas y la caballería por los vados cerca de Kleinwelzheim y Seligenstadt, reuniéndose toda la división cerca de aquella aldea situada a la orilla misma del río. Entre ella y Dettingen formó Noailles las fuerzas de su sobrino en orden de batalla, con el ala izquierda apoyada en un monte en línea oblicua hacia Wasserlos; en el centro los batallones de la guardia real, y en el ala derecha una brigada de infantería. Delante de la línea había un pantano ancho y peligroso y además una zanja muy profunda y fortificada con algunos terraplenes. Allí tenía orden Gramont de aguardar al enemigo sin moverse, mientras Noailles repasó el río para tomar otras disposiciones en la opuesta orilla; pero Gramont, aprovechando la ausencia de su tío, no aguardó en su puesto, sino que atravesó el desfiladero que tenía en frente y atacó al enemigo al otro lado de Dettingen en un llano que apenas permitía formar una línea de frente de 1,000 a 1,200 pasos, llano limitado en un lado por el río, y en el otro por un bosque, que Gramont para mayor desgracia se descuidó de ocupar.

A paso tranquilo y sin cuidado marchaban una tras otra las tres secciones del ejército de la pragmática, a su cabeza la división hanoveriana, detrás de ella la inglesa y a retaguardia la austriaca. El rey Jorge iba en coche detrás de la primera. De repente le trajeron la noticia de que su vanguardia estaba atacada por un numeroso cuerpo de caballería francesa; después llegó un segundo parte anunciando que todo el ejército francés había pasado el Mein y se hallaba delante de él formado en línea de batalla. Al momento montó a caballo para ponerse al frente de sus tropas y echarse sobre el enemigo; pero el caballo se espantó y habría llevado a su jinete quizás en medio de los enemigos, si uno de sus caballerizos no hubiese logrado detenerlo. Jorge se apeó y se puso a la cabeza de uno de sus batallones que había tomado posición en una eminencia junto a una colinallamada Sternberg, y aun hoy enseñan allí el puesto donde el rey se plantó, el pie izquierdo echado delante, el brazo izquierdo perpendicular, pegado al cuerpo, y el derecho estirado con la mano empuñando la espada exactamente como un maestro de esgrima cuando enseña cómo se da la cuarta, inmóvil y sin abrir la boca todo el tiempo que duró la batalla hasta que estuvo ganada.

Mientras los demás hanoverianos combatían, acudieron las otras divisiones cuyos jefes las formaron en batalla tan bien como lo permitían el terreno y la prisa, primero los austriacos a las órdenes del duque de Aremberg y del feldmariscal Neipperg, no habiendo otro medio que formar la gente en seis u ocho pelotones de fondo. Embistió la caballería francesa llamada de la casa real a las densas masas, y derribando todo llegó hasta el cuarto peloton; allí se quedó detenida porque las masas que tenía delante se iban condensando y aumentando por instantes con nuevos pelotones de infantería que empujaban adelante, lo cual impidió a la caballería, desordenada por sus mismos ataques, siempre repetidos, reunirse y formarse. En esta situación ingobernable, echóse sobre ella el regimiento de Styrum y la obligó a retirarse. Este fué el principio de la desgracia de los franceses en aquella jornada. Una orden de Gramont dada sin reflexión y precipitadamente originó la derrota completa. Para apartar del río la izquierda del enemigo, hizo adelantar la guardia francesa de su ala derecha y atacar a la izquierda enemiga, sin reflexionar que desde aquel momento tenían que suspender su fuego las baterías levantadas a orillas del río, que tanto destrozo habían hecho en las masas contrarias, a no querer destruir sus propios batallones. De este modo que-

daron expuestos a las descargas de fusilería de los austriacos y a las de la artillería inglesa. Cuando la guardia francesa, compuesta de soldados bisoños no fogeados, avanzó y recibió aquella terrible lluvia de proyectiles antes de poder hacer uso de sus armas, se apoderó de ella un pánico tan súbito, que su pequeño avance, vuelta y huida desordenada fué cosa de pocos instantes; los soldados que de la primera descarga de los austriacos se habían salvado corrieron a echarse parte al río donde se ahogaron muchos, y parte sobre el grueso del ejército al cual comunicaron su pánico, formando pronto todos un confuso remolino que decidió la jornada en favor de los alemanes é ingleses. Sabido es que los franceses por su temperamento no son capaces en semejantes momentos de rehacerse y mucho menos los regimientos de la guardia de entonces que se componían todos de reclutas y bisoños. Un informe francés dice: «La batalla había durado tres horas cuando la infantería se arremolinó sin haber medio de hacerla volver atrás y dar frente al enemigo, de suerte que nos vimos forzados a tocar retirada.» La caballería francesa había hecho prodigios de valor y no obstante había tenido que retroceder; mas la infantería quedó derrotada antes de poder combatir y esto decidió la jornada.

Los franceses efectuaron su retirada naturalmente por la misma garganta por la cual habían llegado por la mañana tan impremeditadamente; y si hubiesen tenido serenidad, podían haber atacado desde otro lado al enemigo, pues que tenía que pasar por el mismo camino, y poco habría costado hacerle pagar cara su fácil victoria al salir del bosque al llano mucho más ancho por este lado. Entre tanto podían haberle atacar también por la espalda por las fuerzas que tenían en Aschaffenburg. Pero en lugar de esto huyeron todos precipitadamente a la otra orilla del Mein, mientras el enemigo se dió tanta prisa para aprovechar los momentos en que la carretera estaba despejada, que ni se entretuvo en recoger sus heridos, ni en saquear el campo de batalla, abandonando muy al contrario hasta una parte de sus carros é impedimenta para pasar cuanto antes los dos puntos peligrosos, Dettingen y Seligenstadt, ocupados por los franceses. De este modo llegaron a Hanau.

Preguntado Noailles por su gobierno por qué, en vista de circunstancias tan favorables, no renovó la batalla, contestó al rey: «La infantería estaba en completo desorden sin escuchar órdenes, ni disciplina; en fin no tenía nada de lo que había salvado al enemigo de una situación la más desesperada. Es preciso que se restablezca la rigurosa disciplina y aquel espíritu que distinguió en otro tiempo a las tropas de V. M., esta es una cuestión vital para la conservación de la corona de V. M. y la salvación de sus Estados.»

La jornada de Dettingen causó a los franceses de 4,000 a 5,000 bajas entre muertos y heridos; según su propio informe 4,000; entre ellos un número desproporcionado de oficiales.

Los parisienses no tardaron en bautizar esta batalla con el nombre de «de los bastones de mariscal rotos», porque los duques de Gramont y de Harcourt pensaban ganarlos aquel día y se llevaron chasco. Peor pasó a los regimientos de la guardia que recibieron el nombre de «patos del Mein» en virtud de las pruebas de natación que dieron el 27 de junio en dicho río.

El honor del día correspondió a la infantería hanoveriana y austriaca, porque los ingleses apenas tomaron parte en la acción; esta tropa solo con su valor y disciplina corrigió las faltas increíbles de la dirección más necia que Pitt califica del modo siguiente: «Esta batalla puede llamarse un escape afortunado, y por mi parte jamás consentiré en honrarla con el nombre de victoria.»

Mientras esto sucedía a orillas del Mein decidióse también la suerte del mariscal Broglie y de su ejército francés y con ella la del emperador.

Las fuerzas del príncipe Carlos y del feldmariscal Khevenhueller habían ido empujando delante de sí a los franceses hacia el Danubio después de echarlos de la línea del Isar. El feldmariscal Daun los había arrojado primero de Dingolfing y después de Landau, ambas plazas situadas a la derecha del Isar. En 27 de mayo el feldmariscal Brown les había tomado la fortaleza inexpugnable de Deggendorf a la izquierda del Danubio; y cuando Broglie vió que el príncipe de Lobkowitz había salido con su ejército del Palatinado alto para reunirse con el principal mandado por el príncipe Carlos de Lorena, y rematar entre los dos la conquista de Baviera, perdió la última esperanza de hacer algo provechoso, y se trasladó de Ingolstadt a Donauwoerth desde donde hizo saber al emperador que estaba resuelto a volver con todas las fuerzas francesas a su país. A consecuencia de esto, el feldmariscal Seckendorf en nombre de la Baviera y Khevenhueller en el del Austria firmaron en el convento de Niedershonfeld un convenio de neutralidad que separó a la Baviera de la Francia. Este convenio podía permitir la unión del príncipe de Lorena con el ejército vencedor de Dettingen y la ejecución del proyecto de llevar juntos el teatro de la guerra a la misma Francia para conquistar la Alsacia, la Lorena y el Franco Condado de Borgoña, a fin de dar estos territorios al emperador en cambio de su electorado de Baviera que conservaría el Austria por vía de indemnización de la Silesia. Esta era la combinación que lord Carteret y la reina María Teresa veían ya en su imaginación realizada, pero en el momento de realizarse evaporóse tan halagüeña ilusión.

En primer lugar no se efectuó la reunión de los dos ejércitos, porque Carlos de Lorena no quiso ponerse a las órdenes del rey Jorge; y en segundo lugar no hubo acuerdo para marchar separada, pero simultáneamente siquiera, hacia el Rhin, porque Jorge II no quería moverse mientras el mariscal Noailles continuara en la cuenca del Mein; de modo que hubo de marchar solo el príncipe Carlos con su ejército, con lo cual obligó a Noailles a retirarse también a toda prisa. Estas circunstancias facilitaron una inteligencia entre el rey de Inglaterra y el príncipe Carlos de Lorena para un plan de marcha común, que fijaron en un consejo de guerra celebrado entre los dos aliados y sus generales en Hanau en 27 de julio; plan que debía dar, según dijo Khevenhueller, el resultado infalible de llevar los dos ejércitos a la Alsacia, Lorena y Borgoña, donde tomarían sus cuarteles de invierno. Este proyecto arrogante, pomposamente anunciado, se hundió también miserablemente.

En la primera mitad de agosto pasó el ejército de la pragmática el Rhin cerca de Biebrich y se acantonó cerca de Worms, donde se quedó hasta el 25 del mes siguiente; entonces, sabiendo que los franceses habían abandonado voluntariamente sus líneas del Queich, se puso otra vez en movimiento y llegó hasta Spira, donde hizo alto y no pasó más adelante. Cuando estaba en sus alojamientos de Worms, es decir, en 3 y 4 de setiembre, se hallaba todavía al príncipe Carlos buscando un punto para pasar el Rhin. Primero trató de hacerlo junto a la isla de Rheinach, luego cerca de Rheinweiler y sucesivamente por muchos otros puntos, pero siempre sin éxito. No efectuando su paso y no reuniéndose con el ejército de la pragmática, no había que pensar en atacar con ventaja al del mariscal Coigny que custodiaba la Alsacia alta, y al cual solo por medio de una embestida formidable había esperanza de apartarlo del Rhin. Jorge II con sus fuerzas no era capaz de semejante ataque, pues que ni siquiera se había atrevido a

atacar al ejército derrotado del mariscal Noailles que á la sazón defendía la Alsacia baja. Noailles se expresa sobre este particular en sus memorias en los términos siguientes: «Si los enemigos hubiesen tenido mejores generales, si el rey de Inglaterra hubiese sido mas resuelto y la estacion menos adelantada, habrian podido ocurrir grandes desastres.» Hay que saber que entre Noailles y Coigny no habia armonía; cada uno operaba por sí y ante sí, sin plan comun ni concierto, contentándose con ir apartando los peligros á medida que se les presentaban. A pesar de esto, y sin esperanza de éxito se atrevió Noailles á hostigar con secciones sueltas de su ejército al rey Jorge, quedando admiradísimo cuando le dijeron que estos ataques habian bastado para determinar al rey á retirarse al otro lado del Rhin. En efecto se retiró desde el 10 de octubre hasta últimos del mismo mes. Desde entonces era ya excusado que el príncipe Carlos se empeñara en pasar á la orilla francesa; de suerte que distribuyó sus tropas en cuarteles de invierno, y Noailles pudo felicitar al rey Luis XV de que en los ejércitos enemigos no hubiera ya ni un príncipe Eugenio, ni un Marlborough ni un Starhemberg, que á haberlos, la campaña habria tenido otro fin muy distinto.

Estaba ya á la vista el lamentable éxito de toda la campaña contra la Francia, cuando el ministro inglés lord Carteret tuvo por conveniente encadenar de nuevo y para un tiempo indeterminado á su país á la política belicosa de la reina María Teresa por medio de dos tratados que se firmaron en el cuartel general de la pragmática cuando estaba en Worms, único hecho notable ocurrido durante la permanencia del rey Jorge y de su ejército en aquel país. El primero de estos dos tratados facilitó otro de alianza entre el Austria y el Piamonte-Cerdeña, que estaba ya desde muchos meses en negociacion hasta que la Inglaterra se comprometió en 13 de setiembre de 1743 á coadyuvar á la realizacion de las conquistas que aquellas dos potencias meditaban hacer en Italia.

El segundo tratado, llamado *convencion*, se firmó en 14 de octubre del mismo año, siendo su objeto estrechar la alianza entre Inglaterra y Austria, y precisar y aumentar mas las obligaciones y auxilios que incumbian á la primera. Detrás de estos motivos visibles, se ocultaban sin embargo otros, bastante transparentes, conforme se verá.

En 8 de febrero de 1743 habia obtenido el ejército austro-sardo, á las órdenes de los generales Traun y Aspromonte, una brillante victoria sobre el español cerca de Camposanto junto al rio Panaro, de modo que nadie dudaba ya de la expulsión definitiva de Italia de los Borbones; y para lograr este fin se hizo el tratado en Worms entre las dos potencias aliadas y la Inglaterra, en el cual el Austria se comprometía á facilitar un ejército de 30,000 hombres, la Cerdeña otro de 45,000, la Inglaterra una numerosa escuadra y pagar al rey de Cerdeña 200,000 libras esterlinas anuales á título de subsidios. Además estipulóse que este último soberano recibiría en recompensa de sus sacrificios la ciudad de Vigevano con su distrito, todo el país á la derecha del Tesino y Lago Mayor, las ciudades y territorios de Pavia, Bobbio y Piacenza á la izquierda del Po y finalmente el marquesado de Finale que pertenecía á la república de Génova á la cual lo habia vendido el difunto emperador Carlos VI. En cambio de todo esto, renunciaba Carlos Manuel á todos sus derechos y pretensiones sobre el Milanesado.

Estas cesiones de territorios no debian ser definitivas hasta que estuviese hecha la paz general, no solo en Alemania é Italia sino tambien entre Inglaterra y España; y si antes se llegase á conquistar tambien á Nápoles y Sicilia, se convino en que Nápoles juntamente con el territorio de los presidios

ó fortalezas seria dado al Austria, y la Sicilia á la Cerdeña.

Hasta aquí los puntos del tratado se referian exclusivamente á las tres potencias contratantes. No podia decirse lo mismo de otros dos artículos que contenian combustible para nuevas complicaciones y guerras. El segundo artículo del primer tratado de Worms renovaba todos los tratados anteriores, en los cuales las dos potencias Inglaterra y Cerdeña garantizaban al Austria todas sus posesiones, tales como las especificaba el tratado de Versalles del 3 de febrero de 1739; pero no mencionaba el *tratado de Breslau*, en el cual el Austria habia cedido la Silesia al rey de Prusia. Esta omision indicaba claramente que las tres potencias entendian cooperar al restablecimiento y conservacion de la monarquía austriaca sobre la base que reconocia y garantizaba el tratado citado de 1739.

El artículo 13 evidencia y completa la intencion dañina y oculta del segundo artículo que acabamos de citar. En él se compromete el rey de Cerdeña, cuando ya no se tenga nada que temer de España, á ocupar con sus tropas la Lombardia, siempre que el Austria lo solicite para poder sacar las suyas de dicho territorio, y *disponer así de mayores fuerzas en Alemania*. En cambio se obligaba la reina María Teresa á prestar á la Cerdeña un servicio análogo en caso de pedirlo los intereses de este reino.

El objeto era, pues, evidente, y por si hubiese quedado al menor ilusion sobre el asunto, el rey Jorge se encargó de destruirla no comunicando este tratado á Federico II, conforme estaba obligado á hacerlo por el de Breslau en el cual se habia comprometido á comunicar al rey de Prusia todos los que hiciera, mientras lo presentó al parlamento inglés y al gobierno de Holanda. Por esta razon confiesa Federico II en sus obras que al instante que tuvo conocimiento de estos dos artículos del tratado de Worms, se resolvió á desenvainar la espada de nuevo. Del otro tratado, ó sea la llamada *convencion*, que Carteret y el baron de Wasner en representacion de sus respectivos soberanos firmaron despues en la misma ciudad en 14 de octubre, no pudo saber nada el rey de Prusia. Hoy que se conoce parece increíble que el ministro inglés hubiese tenido la imprudencia de imponer á su nacion la obligacion de pagar á la reina María Teresa 300,000 libras anuales de subsidios *mientras durase la guerra y los necesitase la reina*, y de cumplir, además de todos los compromisos anteriores, «las promesas hechas á S. M. la reina de Hungría con ocasion del tratado de Breslau respecto de una indemnizacion equitativa de las pérdidas pasadas, con la seguridad para el porvenir en el caso de que el rey Federico faltare á la paz estipulada.»

Nosotros ignoramos cuáles eran las promesas hechas en el tratado de Breslau á las que alude la convencion de Worms; pero Federico de Prusia sabia de buen origen que el rey Jorge habia escrito poco despues de la paz de Breslau una carta á la reina María Teresa, la cual contenia entre otras la frase: «Lo que es bueno de dar es bueno de tomar.» En efecto, Jorge II, su ministro Carteret, sus embajadores, así como María Teresa y sus consejeros, solo consideraban la cesion de la Silesia como un acto transitorio y temporal, que seria nulo desde el momento en que las tentativas de procurar al Austria una indemnizacion equivalente quedaran positivamente sin resultado. La prueba de que este era el modo de mirar la cesion de Silesia se encuentra en la carta que el agente inglés Hyndford escribió á lord Carteret en 23 de mayo de 1742, antes de firmarse la paz de Breslau, y que contiene las siguientes palabras significativas: «La reina de Hungría hace mal en no ceder á las exigencias del rey de Prusia. Me parece que estas *cesiones temporales* no deberian causarle ningun esfuerzo, debiendo considerarse como con-

cesiones hechas ante fuerza mayor y como resultado de una doble ilegalidad y falta de lo prometido solemnemente por el rey. Por esto ningun poder divino ni humano podrá vituperar á la casa de Austria si en su dia aplica la pena del Talion y se apodera otra vez de estos terrenos á la primera ocasion favorable.»

Se ve pues que las intenciones de la corte de Inglaterra no habian cambiado en nada respecto de la Prusia, y que todos sus actos, y muy especialmente los tratados de Worms, encuentran su explicacion en el principio que Hyndford sentó en su comunicacion al ministro inglés con fecha de 27 de abril de 1744: «En todas partes debe guiarse la política inglesa por el principio de *humillar á la casa de Brandeburgo*. Mientras no se corten las alas á este soberano cuya ambicion es insaciable, será la casa de Brandeburgo tan peligrosa para las libertades de Alemania y la tranquilidad de Europa como la misma Francia.»

Pitt sin saberlo tuvo razon para decir al hablar del tratado de Worms (el primero, porque del segundo, es decir, de la *convencion* no tenia noticia): «Ojalá que pudiéramos borrarlo de nuestra historia, porque es el tratado mas funesto, destructor, injusto y ridículo que hemos hecho.»

LUIS XV EN FLANDES Y FEDERICO II EN BOHEMIA

Señalados los límites de la nueva provincia prusiana en los preliminares de la paz firmados en 11 de junio de 1742, resultó una notable divergencia al fijar las bases de la paz definitiva, sobre el sentido de la frase: «al otro lado de la cordillera alta y del Oppa,» porque no conociendo los prusianos mas que un rio de este último nombre, salieron los austriacos hablando de un riachuelo que tambien se llamaba así, y que tomándolo por limite mermó la provincia cedida del ducado de Jaegerndorf sobre la cual la casa de Brandeburgo tenia cabalmente derechos tan sagrados como antiguos. Sin embargo para no crear nuevos obstáculos á la paz, dejóse Federico despojar, por mucho que le doliera esta pérdida. Otro sacrificio todavia mayor hubo de hacer para no alargar indefinidamente las negociaciones, y llegar á la paz deseada. Habia aceptado en Breslau cuando los preliminares de paz la obligacion de conservar en Silesia la situacion de la religion católica tal como habia estado bajo el régimen austriaco, sin perjuicio de la libertad de conciencia de las personas protestantes y de los derechos del soberano; pero en la paz definitiva tuvo que permitir que se añadiera á la citada obligacion la frase: «pero de modo que S. M. el rey de Prusia no se sirva de sus derechos de soberano en perjuicio de la situacion en que halló la religion católica en Silesia.» Esta adición era importante, porque conservaba á la religion católica, en general, todos sus bienes muebles é inmuebles, y en especial las iglesias que habia arrebatado á los protestantes. A estos sacrificios trascendentales se agregó otro en metálico hasta la suma de 1.700,000 talers (aproximadamente 6 millones de pesetas) que era el importe de los empréstitos hechos por el gobierno austriaco en Inglaterra y Holanda con la garantía de la Silesia. Concedido todo esto, quedó el rey Federico en posesion, indiscutible ya, de esta provincia, la cual con sus 650 leguas cuadradas de superficie y á lo menos 1.200,000 habitantes, aumentó los Estados de la Prusia en una buena tercera parte.

Meses antes de la paz definitiva habia introducido Federico II su administracion prusiana en la Silesia baja, y dado á conocer con tanta franqueza como energía los principios y medios con que contaba para realizar la conquista completa y permanente de este nuevo y hermoso territorio. Respecto de su modo de tratar las cuestiones interiores del ramo de

cultos, pueden servir de norma las palabras que escribió en 29 de octubre de 1741 al obispo de Breslau, cuando este le presentó su sumision: «Como en la opinion de la gente forma una parte de su felicidad el ejercicio libre de su culto, no me alejaré nunca de mi firme resolucion de proteger los derechos y libertades de todas las religiones. Las pependencias y disputas del clero no entran en la esfera de accion del soberano. Jamás me dejaré inducir por disputas y cuestiones vanas, razones aparentes, ni argucias sutiles, indignas de personas pensadoras, á tomar partido por uno de los diferen-



Federico II. Copia del grabado de G. F. Schmidt hecho en 1746 y sacado del cuadro original de Antonio Pesne

tes bandos contendientes que en la mayoría de los casos solo se enfurecen el uno contra el otro por fanatismo ó sandez.»

La administracion civil se estableció segun el programa que el rey habia expuesto en Breslau al dia siguiente de su proclamacion en 7 de noviembre de 1741 ante los representantes de la provincia. La justicia se administró en Silesia por silesianos, á cuyo fin estableció el rey dos tribunales superiores en Breslau y Glogau, á los cuales agregó en 1744 otro tercero en Oppeln, compuestos los tres de nobles de la provincia, excepto un miembro en cada tribunal que habia de ser originario de Brandeburgo. Además nombró 35 administradores civiles de distrito para la Silesia baja y despues otros 16 para la alta, sacados tambien de la nobleza del país. Al considerar la suma facilidad con que se dejó organizar la provincia en una época en que todavia no estaba fijada por tratados la suerte final del país, hay que deducir que debia de ser tan grande la confianza del rey en la lealtad de sus nuevos súbditos, como en la permanencia de su gobierno. Si no obstante encargó la administracion propiamente civil